

PALABRAS DEL SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES, BERNARDO SEPÚLVEDA AMOR, AL INAUGURAR EL COLOQUIO "LATINOAMÉRICA HOY: IDENTIDAD E INTEGRACIÓN"

Señoras y señores:

Una vez más se abre un espacio en la vida intelectual de México para recibir la contribución del pensamiento

latinoamericano. En un proyecto perenne, revivimos aquellos días en que la República afirmaba los cimientos de las nuevas instituciones surgidas con la Revolución de 1910. Llegaron entonces destacados artistas y

pensadores de la América Latina, decididos a involucrarse en las ricas experiencias políticas y sociales que aquí se estaban produciendo.

Su lúcida presencia coadyuvó a eslabonar por lo menos tres importantes generaciones de mexicanos: la que desde el Ateneo de la Juventud vislumbró el impacto innovador de la Revolución y cuestionó la vigencia del positivismo; la de 1915, que con su brillantez y prolongada permanencia en la vida nacional estimuló la transición hacia el civilismo, y la que produjo los fenómenos extraordinariamente interesantes del estridentismo y de los Contemporáneos, que representaron una interpretación particular de la modernidad de México.

Este coloquio no puede desvincularse de tales experiencias que se nutrieron, en rigor, con lo mejor del pensamiento latinoamericano. La reunión que ahora se inicia constituye una valiosa oportunidad para reafirmar la continuidad de esa tradición y, de modo simultáneo, para analizar y confrontar temas de singular importancia y actualidad.

La identidad cultural, los procesos de integración y la concertación política configuran, precisamente, los fundamentos del gran esfuerzo que habrán de emprender nuestras sociedades para edificar una genuina comunidad espiritual. No se trata ya, como ocurría en el siglo pasado, de un sueño fundado sólo en el concepto del origen compartido. Las complejas realidades contemporáneas han desplazado las antiguas visiones parroquiales de un regionalismo limitado y elemental.

Ahora estamos obligados a actuar en función de otras necesidades. No podemos estacionarnos en los viejos esquemas lineales del desarrollo y de una transformación social que llegaría más por fatalidad y accidente que por un esfuerzo de voluntad y de articulación política. Nuestras convergencias son más que transitorias: nos impulsan hacia nosotros mismos, al análisis de los fenómenos de nuestro tiempo y a la proyección consecuente de un destino irrevocablemente entrelazado, que reduzca la vulnerabilidad individual de las repúblicas latinoamericanas.

En este campo, la evolución de las ideas y de las circunstancias ha tenido una influencia decisiva. A la visión histórica se ha agregado la percepción inequívoca de una realidad que nos ha de conducir a etapas superiores de integración. La defensa de nuestras naciones como entidades soberanas y la consolidación de la democracia acreditan la urgencia y las razones de la empresa política de la unidad.

Este coloquio obedece al doble signo de los objetivos inmediatos y de la perspectiva histórica. En lo próximo, esperamos el debate fructífero y plural que nos

permita reconocer los más relevantes planteamientos e inquietudes. El propósito es contribuir al enriquecimiento del diálogo entre los ocho presidentes del Mecanismo de Consulta y Concertación Política, que tendrá lugar en Acapulco a fines de esta semana.

Pero nos proponemos, también, abrir un foro privilegiado para la discusión sistemática de ideas entre los latinoamericanos, de manera que en este proceso se decañten los intereses, aspiraciones y conceptos esenciales de nuestros pueblos en una proyección de largo alcance que oriente las tareas de los gobiernos en torno al diseño de modelos propios.

Reclamamos por ello la contribución amplia y decidida de todas las naciones de América Latina, en un ámbito democrático definido por el respeto a las características peculiares de cada país.

Quienes son, por sus cualidades personales y méritos propios, los más claros exponentes del pensamiento latinoamericano tienen el compromiso irrenunciable de poner su inteligencia y su sensibilidad al servicio del progreso y la unidad regional, del engrandecimiento de nuestros pueblos y de la búsqueda de soluciones para los graves problemas que nos afectan. Un paso fundamental es el de la cooperación en los campos determinantes de la actividad creativa, en tiempos que exigen la suma y el fortalecimiento de la capacidad de negociación de nuestras naciones.

No podría dejar de mencionar, en un foro representativo de la conciencia crítica de América Latina, la necesidad de meditar, en forma prioritaria, acerca de los problemas específicos por los que atraviesa actualmente la región. En este sentido, subrayo la importancia que tiene para el futuro de nuestros pueblos otorgar a la definición de seguridad regional un sentido amplio, que comprenda no sólo una estrecha interpretación estratégica sino, principalmente, un entendimiento preciso sobre nuestras grandes preocupaciones en materia económica, política y cultural.

La deuda externa, el conflicto centroamericano, la preservación de la democracia o el diálogo hemisférico son algunos de los numerosos desafíos que conforman la agenda de América Latina. Nada de lo que aquí aportemos ofrecerá perspectivas realistas al bienestar de nuestros pueblos si no damos una respuesta integral a semejantes cuestiones. Estos problemas comprometen, por igual, a los gobiernos y a las más preclaras inteligencias. Démosles, por consiguiente, lo mejor de nuestra reflexión.

México, D.F., 23 de noviembre de 1987.